

Ines Curzio

La **Marca**  
de los  
**Waunir**



Título | La Marca de los Waunir  
Autora | Ines Curzio  
Traductora | Maria Acosta Diaz

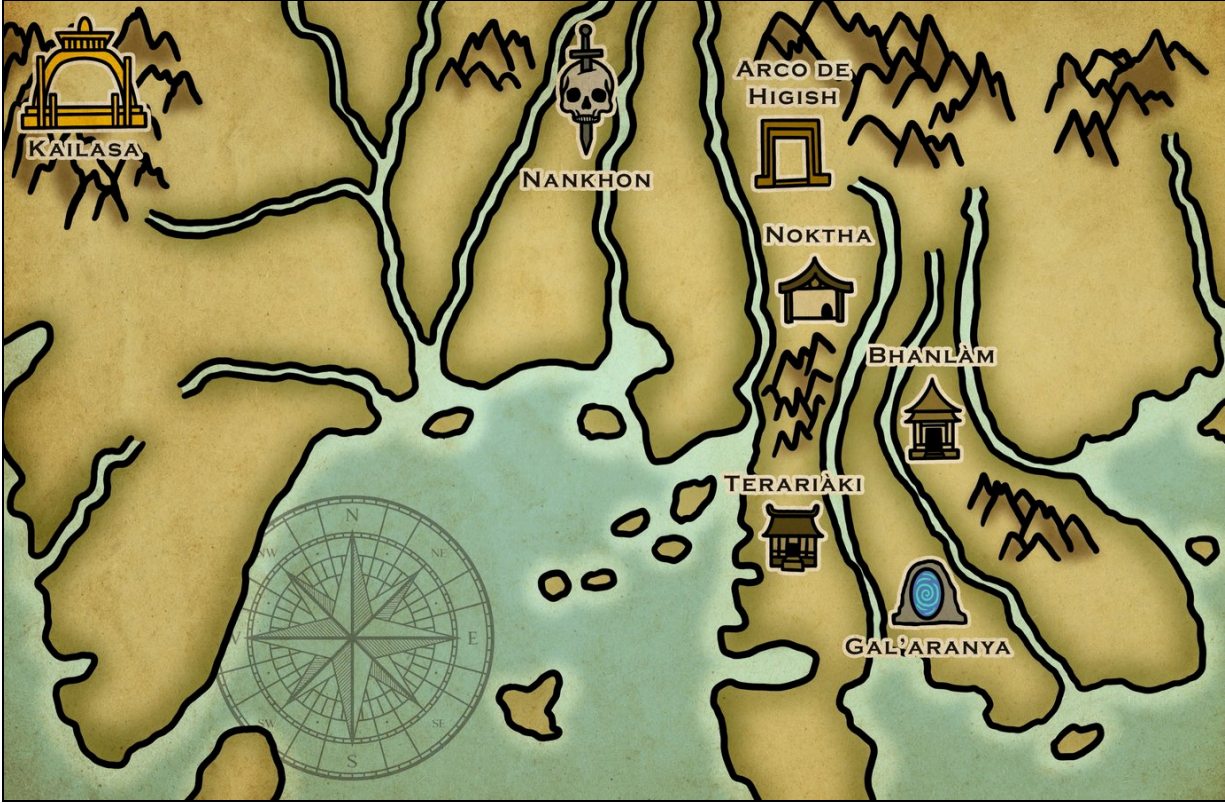
Cubierta | Ilustración realizada con NightCafe Creator  
Mapa del mundo | Mara Vincenti

Derechos reservados del autor.

©2024 – Ines Curzio

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna manera sin la autorización de la autora o del editor, que, asimismo, son titulares de las traducciones de la presente obra.

[www.tektime.it](http://www.tektime.it)



# CAPÍTULO 1

**E** ALÀN, descendiente del linaje de Bhanlòm, Señor del Reino de Sawhi'raj, estaba solo en su habitación. Los codos apoyados en el viejo escritorio, las manos cruzadas debajo de su barbudo mentón, la frente marcada por leves arrugas de preocupación por la suerte de su pequeño reino y, por encima de todo, por su hija, su único tesoro, su única estrella brillante, Ashni.

Delante de sí el pequeño pergamino en el que había grabadas unas pocas frases misteriosas: *La antigua tiranía será revelada cuando los dos soles se unan, entonces la tierra y el cielo se enfrentarán y la justicia de los Dioses se cumplirá.*

Ealàn era muy joven cuando le dijeron aquellas palabras, pero se le habían quedado grabadas como un tatuaje y después de, más o menos, treinta años todavía recordaba cada una de ellas. Albergaba en él la esperanza de que se pudieran cumplir. Era demasiado débil, maltratada por los acontecimientos, pero aun así una esperanza presente, como un grano enraizado en el fondo del corazón; mientras tanto las desgracias continuaban abatiéndose como losas sobre su familia y su linaje. ¿Cuánto tiempo podría todavía mantener todo esto? ¿Cuánto tiempo aún podría conservar su poder sobre el Reino? ¿Cuánto tiempo podría defenderlo de una amenaza taimada e invisible que continuaba cosechando víctimas?

Todo había comenzado con su abuelo, hacía más de cincuenta años, muerto a lanzazos a manos de una horda de guerreros mercenarios procedentes del Norte, que se habían materializado una noche de invierno sin que se sospechase un ataque, en aquel pacífico rincón del mundo donde las flores brotaban incluso entre la nieve y no faltaba la comida ni siquiera al último de los súbditos. Después de aquella batalla todo cambió. Su padre, apenas finalizada la infancia, heredó el cetro y con él una especie de maldición. A pesar de que la horda se había dispersado como el humo en el aire, el reino había sido golpeado en su base y la población nunca se

recuperó totalmente, herida la tierra, heridas las certezas, herida la armonía de todos los días. Desde ese momento, una serie de calamidades los habían perseguido, atacando al núcleo de su linaje y desestabilizando toda la línea de sucesión de Bhanlâm. Más de una vez había estado a punto de abdicar y dejar el gobierno de Sawhi'raj a su hermano, pero, a continuación, se había abstenido porque un temor mucho más sombrío lo perseguía: ¿y si aquella especie de condena no se había agotado y continuaba afectándole también en él? Un temor irracional, continuaba repitiéndose Ealàn cuando surgía aquel pensamiento, y sin embargo tan opresivo como para que dijese que no podría vivir con un remordimiento semejante y que su hermano no merecía nada parecido. Cedería el Reino y las personas más cercanas a él arriesgarían también la vida, como ocurrió con su otro hermano, su padre, su hijo, su esposa. ¿Cuántos más caerían?

“Conspiración”. Parecía la única explicación racional. Ealàn repetía para sus adentros aquella palabra buscando en ella un significado a las calamidades que había sufrido, pero ninguno de sus servidores, de sus espías, de sus hombres de confianza habían hallado ningún indicio que pudiese dar un sentido a esa palabra ni descubrir a un responsable. Tanto en su linaje como en los otros del reino de Sawhi'raj sabía que tenía valiosos aliados y súbditos fieles. Alguno más concentrado en salvaguardar sus propios intereses comerciales, alguno con un carácter más instintivo, alguno más diplomático, pero cada clan siempre había contribuido, a su manera, a la estabilidad de Sawhi'raj sin reclamar nada a Ealàn, ni siquiera en los tiempos más sombríos.

Más allá del viejo escritorio, sus pensamientos se perdían; más allá de las cortinas fluctuantes, en la luz del sol, entre los árboles del jardín donde Ashni estaba absorta leyendo sus historias a sus sirvientas, silenciosas y atónitas a lo que escuchaban. Los largos cabellos negros ligeramente mecidos por el viento templado del período lunar de Jyeshta, el cutis claro y radiante, los ojos límpidos donde uno se podía reflejar. Ealàn la observaba inmersa con el corazón y con la mente en los personajes de aquellas historias remotas. No conseguía distinguir la voz cristalina desde aquella distancia, pero sólo con mirar a Ashni ésta era capaz de encantar a cualquiera, arrastrándolo con ella a aquellos lejanos mundos. Demasiado alejados de la realidad, por desgracia, donde, en cambio, la verdad de los hechos lo obligaba a tomar una ardua decisión que socavaría para siempre la relación con su hija, la única razón para vivir que le quedaba.

Con la mano cansada y encrespada, hizo tintinear la campana de bronce puesta allí delante, entre los rollos de palmera.

Después de un momento el pesado portón de roble de la habitación se abrió y entró la tranquilizadora figura de su leal Consejero Morius. Se inclinó levemente, con las manos juntas, para saludarlo y luego le dijo:

—*Jhao Phraya*, ¿me habéis llamado?

Ealàn se paró durante un momento mientras lo miraba, reflexivo, luego suspiró profundamente.

—Dime, por favor, que no hay ninguna duda sobre este asunto y que no hay ninguna laguna jurídica para evitar aplicar las reglas impuestas por la Dha'rajya —su tono era lento, casi anhelante y fatigado.

—Señor, si pudiese, lo haría, creedme —respondió él con tono apesadumbrado. —La verdad está a la vista de muchos, aquí en palacio, y temo que pueda expandirse pronto al pueblo. Sabéis mejor que yo lo débil que está Bhanlòm y una falta de acuerdo con Ghieamradt y su clan de Terariàki, por si fuera poco ante una transgresión de la Ley Soberana, significaría perder todo apoyo militar y entregar todo el territorio a los pueblos limítrofes que no esperan otra cosa para extender sus fronteras, tanto los del Norte como los del Este.

Ealàn y Morius se miraron intensamente, casi como buscando otras vías. Los ojos grises y vivaces del anciano Consejero resaltaban entre las cejas canosas, largas y espesas que se enrollaban sobre el arco de los párpados. Su mirada era sinceramente triste, pero calmada y resignada.

—¡Así sea...! Morius, llamad a Ashni y hacedla venir aquí, por favor. Intentad no atemorizarla o alarmarla. Me gustaría abordar el asunto con la máxima calma porque podría ser el peor día de su vida, con la esperanza en el cielo y en los antepasados para que no le sobrevengan cargas incluso peores, como me ocurrió a mí y a su abuelo.

—Sin duda *Jhao Phraya*, estará aquí dentro de unos minutos.

Se inclinó llevando las manos juntas bajo el mentón y se dio la vuelta. La túnica roja de seda brillante le fajaba el cuerpo todavía sólido y vigoroso de ex soldado de la guardia. El tiempo no parecía influir en él, mientras Ealàn sintió de repente los años pesar como una losa mientras lo observaba salir de la habitación. Años de aflicción, de sacrificios, de falsas esperanzas. Y ahora también su hija sería una víctima.

## CAPÍTULO 2

*“El demonio Nan’tuka se erguía poderoso delante de él, con su piel azulada, áspera como si estuviera cubierta de escamas opacas, la frente alta fruncida y la boca abierta de par en par con los dientes afilados y los caninos retorcidos que se curvaban amenazadores hacia arriba. Un rugido profundo salió de su garganta mientras intentó aferrar a Anjaneya, pero su ágil forma de hombre-mono le permitió rebotar mientras todavía el demonio intentaba contraer sus enormes manos para comprimirlo. Con un brinco, rápido como un rayo, se zafó de aquella sujeción. La sangre de los dioses discurría valerosa por sus venas y en unos segundos Anjaneya trepó por el cuerpo del demonio, como si aquella masa escamosa fuese un árbol. Luego, en cuanto llegó arriba, se aferró a la parte trasera de su cabeza y desde allí asestó un golpe a los ojos de Nan’tuka que, en un segundo, gritó y se retorció, cegado por...”*

Mientras seguía la lectura del rollo, Ashni vislumbró a Morius parado en un lado para no interrumpir la narración. A pesar de su estado de *Jhaying Phraya*, Ashni se había educado como si fuese su nieta y así era su afecto por él. Lo había seguido durante años como si fuera una sombra curiosa en la sala de los códices, en los establos, en las batidas de caza y él siempre había satisfecho su innato deseo de observar y aprender cualquier cosa.

Lo conocía demasiado bien para no percibir en él un torbellino de emociones, mezcladas con ansia y resignación.

—¡*Jhaying*! ¿Por qué os habéis interrumpido? ¡Continuad! —dijo Morius.

—¡Sí, hacedlo! ¡Justo ahora que Anjaneya había encontrado a la reina! ¡Me gustaría saber si al final la salva! —exclamó una de las sirvientas.

Ashni había acabado de leer y sonreía a sus amigas, anhelantes por seguir con la historia.

—Excusadme, ahora debo ir a la aldea. ¿Quién de vosotras viene conmigo hoy? —preguntó Ashni mientras se levantaba para poner en orden

los pliegues bordados de su larga túnica clara y los suaves mechones de su cabello. Mìntaka se acercó a ella para ayudarle a atar las largas cintas cruzadas a la parte de atrás.

Las sirvientas la miraron entre risas de entendimiento, cubriéndose los labios con los dedos. También Ashni se puso a reír feliz mientras parecía que se iluminaba con una luz impalpable.

Todas en pie, alegres a su alrededor, se abrieron en abanico para dejar pasar al Consejero Brethach.

—*Jhaying*, perdonadme si os molesto, pero vuestro padre querría que fueseis a verlo a sus aposentos.

La muchacha escrutó su mirada, mientras el anciano Morius intentaba mantener la expresión lo más neutra posible. Los ojos fijos, las arrugas inmóviles, la respiración lenta, sutil y demasiado controlada. Mìntaka espió con imperceptible curiosidad desde detrás del hombro de Ashni para observar el rostro de Morius y lanzó una rápida mirada a su prima.

—¿Mi padre está bien? —preguntó Ashni.

—Por supuesto que sí, *Jhaying*, no os preocupéis. Creo que quiere pedir algo antes de que os vayáis con vuestras sirvientas a otros quehaceres. —dijo con tono tranquilizador mientras sonreía con cordialidad a todas ellas. Era un hábil diplomático el querido Brethach pero esto Ashni lo sabía perfectamente. Apartó su mirada de él y, sonriendo a las muchachas que estaban alrededor, les hizo señas para que la siguiesen.

—Venid, podéis esperarme en mi habitación. Por favor, preparadme el vestido azul. Yo iré enseñuida. Gracias, Morius. Ahora mismo iré a ver a mi padre.

El Consejero se inclinó con elegancia, abrió sus manos y se fue por el camino arbolado.

Mìntaka se le acercó susurrando:

—¿Quieres que vaya contigo? ¿Crees que sospecha algo?

—Te lo agradezco, Mìntaka, no creo que sospeche nada, no veo cómo podría, sin embargo, no niego que lo he visto pensativo estos días —respondió Ashni con un hilo de voz mientras miraba fijamente a Morius que se alejaba.

—Sí, diría que un poco escurridizo; también me he dado cuenta.

—Sin embargo, es necesario que vaya sola, sospecharía más si nos viese juntas. Podría tratarse de cualquier cosa, por lo que es mejor hacer como si

no supiésemos nada.

Mintaka asintió, mientras le posaba la cándida mano sobre el brazo y lo estrechaba con delicadeza. Luego las dos se separaron y Ashni se fue con paso acelerado hacia el pórtico desde el que se abría el jardín arbolado.

Detrás de ella iba Meiwen, Carys y las otras, parloteando en voz baja. Tenían aquel aire ligero y despreocupado que acompañaba sus jornadas y que desde la muerte de su hermano la había ayudado a compensar la sensación de vacío de las tardes perdidas, transcurridas jugando con él, persiguiéndose por el jardín o por las estancias del palacio, los primeros descubrimientos, las primeras grandes aventuras de chiquillos, conjuntamente.

Mintaka, su prima, se había quedado un poco retrasada del grupo siguiéndolas con más calma. Llegaron al umbral de su habitación y Ashni caminó por el pasillo que llevaba a los aposentos de su padre, mirando fijamente a las ventanas de tracería que iluminaban desde el fondo todo el espacio circundante y las paredes de madera. Buscaba tranquilidad en el juego de luces de colores procedentes de los cortinajes de las ventanas, como si dijese que toda su vida y la de sus seres queridos, antes o después, se inundaría con un arcoíris que sanaría los sufrimientos del reino y las heridas de su padre.

Conocía perfectamente aquellas heridas, las había experimentado en silencio en su propia piel, sentía el corazón llorar por los sufrimientos que no podía eliminar, pero ahora no quería renunciar al único motivo de gozo que le estaba iluminando la vida, es más, hubiera querido que todos vieran, sintieran, gozasen con aquella alegría y con aquella luz desbordante que por si sola habría podido curar aquel malestar invisible del que hablaba su padre. Estaba convencida, pero no podía hablar de ello. Sólo podía guardarlo en secreto.

Llamó a la gran puerta de roble. La respiración contenida de quien espera que sea una jornada como tantas otras, pero que siente ese frío sutil sobre la piel susurrándole que no lo será.

—¡Adelante...!

Ashni empujó la pesada puerta y ésta se abrió. Su padre de pie al lado de la ventana miraba hacia afuera. La barba encanecida por los años y la estatura le conferían aquel aire autoritario bajo el cual escondía un afecto infinito de padre generoso y cariñoso. Con orgullo vio que vestía la

**You've Just Finished your Free Sample**

**Enjoyed the preview?**

**Buy: <http://www.ebooks2go.com>**